

El andariego

Cuando la faz de la luna llena apareció por completo tras el borde cordillerano y nos encandiló con su brillo, advertimos la difusa silueta de un hombre que venía caminando hacia nosotros.

Mientras se acercaba con lentitud, comenzó a caer la niebla, una niebla casi imperceptible que, sin embargo, me erizó la piel como si esta fuera de gallina.

El hombre seguía acercándose, pero tardaba una eternidad en llegar hasta nuestro campamento.

—¿Quién será? —preguntó Mario.

—No lo sé —respondí—. Quizás algún lugareño.

Mi amigo asintió. Nadie más podría ser a esas horas y en ese lugar.

Manuel asomó su rostro desde el interior de la carpa, estaba buscando el ingrediente imprescindible para preparar el café.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Alguien se acerca —le respondió Mario.

El hombre parecía seguir acercándose a paso cansino, como si trajera una gran carga sobre sus espaldas.

—¿Hirvió el agua? —preguntó Manuel, que salió de la carpa y se nos acercó portando, con cierta torpeza, la petaca con aguardiente en una de sus manos.

—Casi —respondí.

Hacía mucho frío, un frío a cada instante más húmedo, algo extraño a esas alturas, que se nos pegaba en la piel como una toalla mojada.

Habíamos instalado nuestro campamento en la parte alta del Cajón del Maipo, a unos doscientos metros de un yacimiento de fósiles, uno que había sido rapiñado por los turistas y estudiantes de geología, de tal manera que, tanto la luna como el sol, entrarían en nuestra carpa apenas asomaran sus redondos rostros tras la cordillera.

Así había ocurrido en los días precedentes.

Ahora, la única diferencia era que había luna llena.

—¿Qué hacemos? —preguntó con inquietud Mario.

—Esperemos para ver qué pasa —dije.

En ese momento hirvió el agua, trajimos nuestros jarros y preparamos un café con la acostumbrada pisca de malicia que, esperábamos, sería reconfortante.

No lo fue.

—Hubiese sido mejor un vinito navegado —dijo Mario.

Asentimos, limitándonos a calentar nuestras enguantadas manos con los jarros y nuestros rostros con el vapor que de estos emanaba.

El hombre seguía aproximándose como un espejismo en la carretera y, tras él, se vislumbraba una niebla más densa que también parecía acercarse.

Quizás se trataba de un espejismo nocturno o algo así, hay fenómenos de la física que siempre nos parecerán extraños.

—¿Tenemos un jarro extra? —preguntó Manuel.

—¿Para qué?

—Por si el visitante desea compartir un cafecito con nosotros y calentar un poco el cuerpo.

—Creo que sí —respondió Mario, partiendo de inmediato a registrar su mochila.

—¿Tú crees que sirva de algo? —pregunté.

—Nada perdemos con probar.

Asentí. Siempre es bueno comportarse de forma amistosa con los extraños, aunque sólo vayan de paso.

—Tengo otro jarro —dijo Mario desde la carpa.

—¿Está limpio?

—Sí.

—Perfecto. Tengámoslo listo por si acaso...

El hombre parecía más cerca ahora, muy cerca.

Era un individuo alto, delgado, de aspecto caucásico. Cubría su cabeza con un sombrero de paño como el de un antiguo explorador. Su ropa parecía gastada y sus pies iban dejando una pequeña polvareda tras sus pasos, una que muy pronto era absorbida por la niebla, espesa y densa, que venía detrás de él. Todo a medias iluminado desde atrás por la luz de luna.

Era un andariego, uno en medio de una escena, de un aura azulada más bien, que no parecía real.

Sin embargo, cuando estaba a unos treinta metros, la niebla extendió sus palpos y comenzó a rodearnos, a envolvernos; tanto así que sólo nuestra pequeña fogata fue visible para nosotros. Estábamos junto a esta y en medio de la oscuridad más impenetrable jamás imaginada.

—¿Qué está pasando? —preguntó la voz de Manuel.

—Shhh —dije—. Tranquilos todos. No se muevan.

Mientras la niebla nos rodeaba, escuchamos algunos susurros, acaso pensamientos que se escurrían cual esquivos efluvios a nuestro alrededor, pensamientos difusos que

de vez en cuando picaneaban con timidez nuestros cuerpos y mentes. Nunca había sentido algo así.

No vimos al hombre pasar junto a nosotros. Sin embargo, aquellos pensamientos errantes marcaron su impronta en los nuestros. Los escuchamos, supimos que el hombre huía desde hace siglos de sus implacables perseguidores, que lo habían seguido de planeta e planeta, de universo en universo, de realidad en realidad. Y que toda existencia, aquí y en todas partes y épocas, estaría terminada al instante mismo en que lo atrapasen.

Poco a poco la niebla se fue disipando.

Nos miramos asustados entre nosotros, luego todo a nuestro alrededor: no había ningún árbol en las cercanías, sólo pequeños arbustos espinudos y uno que otro matojo. Nada donde aquel extraño hombre, si fuese en verdad un hombre de carne y huesos, pudiera haberse ocultado. Sólo se había cruzado en nuestra realidad como un ente intangible, inasequible.

—¿Qué hacemos? —preguntó Mario.

—No lo sé —respondí; y agregué, refiriéndome a los susurros—: ¿Escucharon lo mismo que yo?

Mis amigos asintieron al instante, sin ocultar cierto temor en sus rostros... casi el mismo que mostraron cuando creímos toparnos con el Trauco a orillas del lago Huillinco en Chiloé.

El peligro, si en algún momento lo hubo, parecía haberse alejado, disipado por completo, junto con el hombre y la niebla. Terminamos nuestro café y nos preparamos otro. Incluso Mario se preparó un tercero con bastante malicia; es decir, aguardiente con una pizca de café. Sin duda, él estaba muy nervioso.

Después, nos dedicamos a identificar algunas estrellas, entre ellas Fomalhaut, gracias a la «expertise» de Manuel que las conocía casi todas; luego nos encuevamos en la carpa, nuestra frágil guarida, acaso reflexionando cada uno sobre lo que habíamos visto.

No era para menos lo atestiguado.

Poco más tarde, mientras la luminosidad de la esfera lunar se filtraba a través del techo de la carpa, acaso espionando la intranquilidad de nuestro sueño, Mario se desperezó y salió al exterior. Al igual que en las otras noches, de seguro iba a estirar las piernas. Ya no éramos tan jóvenes y aquel era todo un tema para nuestro amigo. Sin embargo, casi al instante, mientras una extraña y leve vibración comenzaba a sentirse a flor de superficie cual «réplica anticipada» de un terremoto que vendría, regresó y descorrió con violencia el plástico de la entrada.

—¡Salgan, chiquillos! ¡Rápido!

—¡Qué demonios! —reaccioné y salí apenas con «piloto automático», casi sin abrir los ojos.

Manuel hizo lo propio detrás de mí.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Manuel mientras yo, atónito, miraba en dirección a la cordillera con los ojos bien abiertos.

Había una polvareda gigantesca que se acercaba hacia nosotros, una generada por una heterogénea horda demoníaca que se nos aproximaba con lentitud... casi al mismo ritmo que antes lo hizo el solitario viajero.

Por lo mismo, tal vez temiendo lo peor esta vez porque ya sabíamos de quiénes se trataba, nos vestimos con inusitada rapidez, tomamos algunas cosas esenciales, las echamos dentro de nuestras mochilas y, sin preocuparnos siquiera de levantar el

campamento, partimos de regreso hacia nuestros hogares, siguiendo la ruta más divergente posible de aquella innominada y execrable multitud.

FIN